

que le sirviesen el café. Vió, en efecto, el café servido, pero la baronesa y el elegante joven habían desaparecido. El ayuda de cámara sonrió al ver el asombro del perfumista, el cual bajó lentamente las escaleras. César corrió á casa de de Tillet, que estaba, según le dijeron, en el campo con la señora Roguín. El perfumista tomó un coche y lo pagó para que le llevase inmediatamente á Nogent-sur-Marne. En Nogent-sur-Marne el conserje les dijo que los señores se habían vuelto á París. Birotteau llegó á su casa reventado y, cuando contó su expedición á su mujer y á su hija, quedó estupefacto al ver que su Constanza, en lugar de ver dificultades en todo, como de costumbre, le prodigaba los más cariñosos consuelos afirmándole que todo iría bien.

Al día siguiente, á las siete de la mañana, ya estaba Birotteau de guardia en la calle de de Tillet, rogándole al portero de la casa que le pusiera en contacto con el criado de Fernando mediante la entrega de diez francos. César obtuvo el favor de hablar con el ayuda de cámara de de Tillet, y le rogó que le procurase una audiencia con su amo tan pronto como éste estuviera visible, para lograr lo cual, el perfumista puso dos monedas de oro en la mano del criado. Estos pequeños sacrificios y estas grandes humillaciones le permitieron alcanzar su objeto. Á las ocho y media, en el momento en que su antiguo dependiente se ponía una bata, bostezaba y pedía perdón á su antiguo amo por la tardanza, Birotteau se encontró enfrente del tigre sediento de venganza, al que se empeñaba en considerar como su único amigo.

—Nada de eso, nada de eso—dijo Birotteau.

—Conque ¿qué desea usted, mi buen César?—le dijo de Tillet.

Aunque no sin espantosas palpitaciones, César le comunicó la respuesta y las exigencias del barón de Nucingen, confidencia que de Tillet escuchó sin atención, buscando el fuelle y riñendo á un criado por lo mal encendido que estaba el fuego.

El criado se presentó y César dejó de hablar para que no le oyera lo que decía. Pero prosiguió á instancia del banquero, que le dijo con aire distraído:

—Siga usted, siga usted, ya le escucho.

El buen hombre tenía la camisa pegada al cuerpo y su sudor quedó helado cuando de Tillet fijó en él una mirada, con sus pupilas de tigre, que le llegó hasta el corazón.

—Mi querido amo, el Banco rechazó efectos suyos que Claparón entregó á Gigónnet *sin garantía*. ¿Qué culpa tengo yo de esto? ¿Cómo hace usted semejantes torpezas habiendo sido juez consular? Yo soy, ante todo, banquero. Le daré dinero, pero no quiero exponerme á que mi firma sea rechazada por el Banco. Sin crédito yo no puedo vivir. Á todos los banqueros nos pasa lo mismo. ¿Quiere usted dinero?

—¿Si usted pudiera darme todo lo que necesito!

—Eso depende de la suma que tenga usted que pagar. ¿Cuánto le falta?

—Treinta mil francos.

—La suma es aplastante—dijo de Tillet soltando una carcajada.

Al oír esta risa, el perfumista, engañado por el lujo de de Tillet, quiso ver en ella la risa del hombre que considera la cifra poco importante y respiró. De Tillet llamó.

—Dígale usted al cajero que suba.

—Aun no ha llegado, señor—respondió el criado.

—¡Esos pillos se burlan de mí! Son las ocho y media, y á esta hora debía haber hecho ya un millón de negocios.

Cinco minutos después subía el señor Legrás.

—¿Cuánto tenemos en caja?

—Veinte mil francos solamente. El señor me dió orden de que comprase treinta mil francos de renta al contado pagaderos el 15.

—¡Es verdad! ¡Aun estoy dormido!

El cajero miró con extrañeza á Birotteau y salió.

—Si la verdad huyese de la tierra volvería á traerla algún cajero—dijo de Tillet.—¿No tiene usted parte en la casa del pequeño Popinot, que acaba de establecerse?—preguntó de Tillet después de una horrible pausa durante la cual bañó el sudor la frente del perfumista.

—Sí—dijo Birotteau con sencillez. ¿Cree usted que aceptarían su firma para una suma importante?



—Tráigame usted cincuenta mil francos aceptados por él, y yo haré que descunte esas letras á un interés razonable un tal Gobseck, que es muy considerado cuando tiene mucho dinero en caja, y ahora lo tiene.

Birotteau se volvió á su casa traspasado de dolor, sin notar que los banqueros lo enviaban de una á otra parte como se envían la pelota los jugadores; pero Constanza había adivinado ya que era imposible lograr ningun crédito. Cuando tres banqueros lo habían rechazado, todos debían estar enterados ya, tratándose de un hombre de la importancia de un teniente alcalde, y por consiguiente el Banco de Francia dejaba de ser su recurso.

—Intenta renovar—dijo Constanza.—Vete á casa del señor Claparón, tu consocio, y á casa de todos los que tienen efectos tuyos para el 15 y proponles renovar las letras.

—¡Y mañana estamos á 13!—dijo Birotteau completamente abatido.

Según decía su prospecto, el perfumista gozaba de un temperamento sanguíneo que se consumía lentamente con las emociones ó con el pensamiento y que exige sueño á toda costa para reparar sus pérdidas. Cesarina llevó á su padre al salón y le tocó para recrearle el *Sueño de Rousseau*, bonita composición de Herold, mientras que Constanza trabajaba á su lado. El pobre hombre dejó caer su cabeza sobre una otomana, y como que siempre que fijaba los ojos en su mujer veía errar en sus labios una dulce sonrisa, se durmió de este modo.

—¡Pobre hombre!—dijo Constanza—¡qué torturas le esperan! si las resiste...

—¡Eh! ¿qué tienes, mamá?—dijo Cesarina al ver llorar á su madre.

—¡Hija querida! Veo venir una quiebra. Si tu padre se ve obligado á hacer balance, será preciso no implorar la piedad de nadie. ¡Hija mía! Prepárate para ser una sencilla dependiente. Si te veo aceptar con valor tu triste posición, yo también tendré fuerza para reanudar la vida. Conozco á tu padre, sé que no sustraerá un céntimo, yo cederé mis derechos y habrá que vender todo lo que poseemos. Tú, hija

mía, lleva mañana tus joyas y tus ropas á casa de tu tío Pillerault, porque tú no estás obligada á nada.

Cesarina fué presa de un espanto sin limites al oír estas palabras dichas con una sencillez religiosa, y tuvo el proyecto de ir á ver á Anselmo; pero su delicadeza se lo impidió.

Al día siguiente, á las nueve, Birotteau se encontraba en la calle de Provenza, presa de ansiedades diferentes de las que había pasado. Pedir un crédito es un acto sencillo en el comercio. Todos los días, al emprender un negocio, es necesario encontrar capitales; pero pedir renovaciones, es en la jurisprudencia comercial, lo que la policía correccional es á la audiencia, un primer paso hacia la quiebra, como el delito conduce al crimen. El secreto de vuestra impaciencia y de vuestro apuro está en manos diferentes que las vuestras. Un negociante se entrega atado de pies y manos á otro negociante, y la caridad es una virtud que no se practica en la audiencia.

El perfumista, que en otro tiempo tenía una mirada llena de confianza al ir por París, ahora, debilitado por los recelos, dudaba en entrar en casa del banquero Claparón; empezaba á comprender que en los banqueros el alma no era más que una víscera. Claparón le parecía tan brutal con su grosera alegría, y reconoció en él tan mal tono, que temblaba al pensar en abordarle.

—Está más próximo al pueblo; tal vez tenga alma.

Tal fué la primera frase acusadora que le dictó la rabia de su posición.

César sacó su última dosis de valor del fondo de su alma, y subió la escalera de un malo y pequeño entresuelo, en las ventanas del cual había sendas cortinas verdes que el sol había vuelto amarillas. Leyó encima de la puerta la palabra *Despacho* grabada en negro sobre un óvalo de cuero; llamó, y como nadie respondiese, entró. Este lugar, más que modesto, olía á miseria, á avaricia ó á negligencia. Ningún empleado se presentó detrás del enrejado de latón colocado á la altura de un hombre sobre unas maderas blancas que servían de recinto á multitud de mesas y pupitres de enne-



grecida madera. Estas oficinas desiertas estaban llenas de escritorios donde la tinta se enmohecía, de plumas desgredadas como pilluelos, retorcidas en forma de sol; en una palabra, cubiertas de cartones, de papeles y de impresos, sin duda inútiles. El entarimado del pasillo se parecía al de un locutorio de pensión, tan rayado, sucio y húmedo estaba. La segunda pieza, cuya puerta estaba adornada de la palabra CAJA, armonizaba con los siniestros aspectos del primer despacho. En un rincón se encontraba una gran jaula de madera de roble, enrejada con hilos de cuero, con gatera móvil y adornada de un enorme cofre de hierro, abandonado sin duda á los juegos de los ratones. Esta jaula, cuya puerta estaba abierta, contenía aún un despacho fantástico y su sillón innoble, roído, verde y con el fondo agujereado por donde se escapaba el crin, como la peluca del amo, en mil tirabuzones desgredados. Esta pieza, que fué evidentemente en otra época el salón del piso antes de convertirse en oficina de banca, ofrecía como principal adorno una mesa redonda cubierta de un tapete verde, alrededor de la cual había viejas sillas de marroquí negro con clavos desdorados. La chimenea, bastante elegante, no ofrecía á las miradas ninguna de las mordeduras negras que deja el fuego, su placa estaba limpia, y el espejo, injuriado por las moscas, tenía un aspecto mezquino, de acuerdo con un reloj de madera de ébano que provenía de la venta de alguna vieja notaría y que molestaba á la mirada, entristecida ya por dos candelabros sin bujía cubiertos de un polvo pegajoso. El empapelado de las paredes, de un color gris ratón con bordes de un color rosa, anunciaba por sus tintes negruzcos la permanencia malsana de algunos fumadores. Nada se parecía tanto al salón vulgar que los periódicos llaman *Gabinete de redacción*. Birotteau, temiendo ser indiscreto, dió tres golpes secos en la puerta opuesta á aquella por la cual había entrado.

—¡Pasad!—exclamó Claparón, cuyo tono reveló la distancia que tenía que recorrer su voz y el vacío de aquella habitación donde el perfumista oía chisporrotear un buen fuego, pero donde el banquero no estaba.

Esta habitación le servía, en efecto, de gabinete particular.

Entre la fastuosa audiencia de Keller y la singular dejadez de aquel pretendido gran industrial, había toda la diferencia que existe entre Versalles y el wigham de un jefe de los Hurones. El perfumista había visto las grandezas de la banca, y ahora iba á ver sus bajezas. Acostado en una especie de chiribitil oblongo situado detrás del despacho, Claparón, al ver á Birotteau, se envolvió en su grasienta bata, dejó su pipa y recorrió las cortinas del lecho con una rapidez que hizo sospechar sus costumbres al inocente perfumista.

—Siéntese usted, caballero—le dijo aquel simulacro de banquero.

Claparón, sin peluca y con la cabeza envuelta en un pañuelo, le pareció á Birotteau tanto más horrible, cuanto que la bata, al entreabrirse, le permitió ver una camiseta ennegrecida por el demasiado uso.

—¿Quiere usted almorzar conmigo?—dijo Claparón acordándose del baile del perfumista y deseando pagarle aquella invitación.

Una mesa redonda, desembarazada á toda prisa de sus papeles, ostentaba un pastel, ostras, vino blanco y los vulgares riñones salteados con vino de champagne. El fuego de un hogar doraba una tortilla de trufas. Finalmente, dos cubiertos y sus servilletas manchadas con la cena de la víspera hubiesen instruído á la inocencia más pura advirtiéndole la existencia de una mujer en aquel hogar.

—Esperaba á comer á una persona; pero, al parecer, no viene—exclamó el maligno viajante de manera que fuese oído por una criatura que se había metido debajo de los cobertores.

—Señor—dijo Birotteau,—vengo únicamente para asuntos comerciales y no le entretendré mucho tiempo.

—Estoy reventado, y generalmente no puedo disponer de un momento—respondió Claparón señalando las mesas plagadas de papeles.—Sólo recibo los sábados; pero, para usted, estoy siempre en casa. No me queda tiempo para amar ni para callejear. Ahora ya no se me ve tanto por los paseos sin hacer nada. En fin, los negocios me aburren, tengo bastante dinero, nunca seré feliz y no quiero oír hablar más de



negocios. Quiero viajar, ver la Italia, ¡oh, mi querida Italia! ¡hermosa aún en medio de sus reveses, adorable tierra donde encontraré tal vez una italiana amable y majestuosa! Siempre me han gustado las italianas. ¿No ha tenido usted nunca ninguna? ¿No? Pues bien, véngase usted conmigo á Italia. Veremos Venecia, permanencia de los duxes. ¡Bah! dejemos tranquilos los negocios, los canales, los préstamos y á los gobiernos. ¡Por vida del... Viajemos.

—Una sola palabra, señor, y le dejo—dijo Birotteau.—Usted endosó mis efectos al señor Bidault.

—¿Quiere usted decir á Gigonnet, á ese buen Gigonnet, que es insinuante como...?

—Sí—repuso César.—Yo quisiera, y en esto cuento con su honor y con su delicadeza... (Claparón se inclinó) quisiera poder renovar...

—Imposible—respondió terminantemente el banquero.—Yo no soy el único partícipe del negocio. Estamos reunidos en consejo y nos entendemos á las mil maravillas. ¡Ah! ¡diablo! nosotros deliberamos. Los terrenos de la Magdalena no son nada, nosotros operamos en otra parte. ¡Ay, amigo mío! si nosotros nouviésemos otros asuntos más importantes en los Campos Elíseos, alrededor de la nueva Bolsa, cuya construcción se está terminando, y en los barrios de San Lázaro y del Tívoli, no seríamos hombres de negocios. ¿Qué vale la Magdalena? Nada. ¡Uf! señor mío, nosotros no nos dormimos—dijo dándole un golpecito en el vientre á Birotteau.—Vamos, almuerce usted, y hablaremos—repuso Claparón á fin de suavizar la dureza de su negativa.

—Con mucho gusto—dijo Birotteau.

El perfumista pensó de pronto en emborrachar á Claparón á fin de saber cuáles eran sus socios en aquel asunto que empezaba á parecerle tenebroso.

—¡A ver, Victoria!—gritó el banquero.

Al oír este grito, compareció una criada.

—Diga á mis dependientes que no estoy para nadie, ni para Nucingen, ni para los Keller, ni para Gigonnet, en fin, para nadie.

—Aun no ha venido más que el señor Lempereur.

Emborrachar á un antiguo viajante es cosa imposible. Cuando intentó confesar á su consocio, César lo hizo confundiendo la verbosidad del mal tono con los síntomas de la embriaguez.

—Ese infame Roguín sigue en buenas relaciones con usted—dijo Birotteau.—¿Por qué no le escribe diciéndole que ayude á un amigo á quien ha comprometido, á un hombre con quien comía todos los domingos y á quien conoce desde hace más de veinte años?

—¡Roguín! Si es un tonto. Su parte es nuestra. No esté usted triste, amigo mío, que todo irá bien. Pague usted el 15, y luego ya veremos. Cuando yo digo «veremos»... (Bebió un vaso de vino). Los fondos no me conciernen. Yo sólo tengo en el negocio una comisión por las compras y un derecho sobre las ganancias, ¿comprende usted? Usted tiene asociados de dinero; así es que no tema, mi querido señor. Hoy los negocios se dividen. ¡Exige un negocio el concurso de tantas capacidades! Asíciense usted con nosotros, y deje usted sus pomadas y sus peines, que eso es malo, muy malo. Procure explotar al público y dedíquese á la especulación.

—¡La especulación!—dijo el perfumista.—¿Qué clase de comercio es ese?

—Es el comercio abstracto—repuso Claparón.—Un comercio que, según dice Nucingen, que es el Napoleón de la banca, aun permanecerá secreto durante diez años. Un comercio mediante el cual un hombre abraza la totalidad de las cifras y calcula las rentas antes de que existan, una concepción gigantesca, una nueva cábala. Hoy sólo somos diez ó doce las inteligencias iniciadas en los secretos cabalísticos de estas magníficas combinaciones.

César abría los ojos y los oídos procurando comprender esta fraseología compuesta.

—Escuche usted—dijo Claparón después de una pausa,—para estas cosas se necesitan hombres. Hay el hombre de idea que no tiene un céntimo, como todas las gentes de ideas. Estas piensan y gastan sin hacer caso de nada. Figúrese usted un cerdo que anda errante por un bosque de trufas y que va seguido por un mozo, que es el hombre de dinero, el cual



oye un gruñido originado por un buen encuentro. Cuando el hombre de ideas ha encontrado un buen negocio, el hombre de dinero le da un golpecito en el hombro y le dice: «¿Qué es eso? Se va usted á meter en la boca del lobo, amigo mío, usted no tiene fuerzas suficientes para manejar ese asunto, aquí tiene mil francos y déjelo usted de mi cuenta.» Bueno; entonces el banquero convoca á los industriales. Amigos míos, manos á la obra. Prospectos, charlatanerías sin fin. Se coge el cuerno de la fama y se grita: «¡Cien mil francos por un real, ó un real por cien mil francos; minas de oro, minas de carbón!» En fin, se echa mano de toda la trifulca comercial. Se compran hombres científicos ó artistas, se hace la propaganda y el público cae en la ratonera. El cerdo queda encerrado en su pocilga comiendo patatas, mientras que los demás manejan los billetes de banco. Aquí tiene usted la cuestión, amigo mío. Dedíquese á los negocios. ¿Qué quiere usted ser, cerdo, pavo ó millonario? Reflexione usted sobre esto. Ya le he formulado la teoría de los préstamos modernos. Venga usted á visitarme, y siempre me verá usted buen muchacho, alegre y jovial. La jovialidad francesa, grave y ligera á la vez, no daña á los negocios, sino que, por el contrario, los favorece. Los hombres que chocan sus vasos tienen mucho adelantado para comprenderse. Vamos, una copa más de champagne. Este vino me lo ha enviado un hombre á quien yo le hice vender mucho cuando trataba en vinos. Es agradecido y se acuerda de mí en la prosperidad, lo cual no deja de ser raro.

Birotteau, sorprendido de la ligereza de aquel hombre á quien todo el mundo concedía una profundidad asombrosa y gran capacidad, no se atrevía á interrogarle. Sin embargo, en medio de la gran excitación que le había producido el vino de champagne, se acordó de un nombre que había pronunciado de Tillet y preguntó quién era y dónde vivía un tal señor Gobseck, banquero.

—¿Cómo! ¿ya está usted de ese modo, mi querido señor?—dijo Claparón.—Lo mismo es Gobseck banquero que el verdugo de París médico. Es de la escuela de Harpagón y su primera palabra es el cincuenta por ciento. Y ¿qué valores

le entregaría usted cómo garantía? Para tomar su papel, tendría usted que entregarle su mujer, su hija, el paraguas, todo, el sombrero, los zapatos y hasta la leña que pueda usted tener en la leñera. ¡Gobseck, Gobseck! ¿Quién le ha indicado á usted esa guillotina financiera?

—El señor de Tillet.

—¡Ah! pillastre, le reconozco. Antes hemos sido amigos, pero ahora ni nos saludamos, y crea usted que mi repulsión es fundada, porque acabé por leer en el fondo de su cenagosa alma. No puedo verle por su estupidez y el tono que se da con su notaria. Yo también tendré marquesas cuando quiera, mientras que él no tendrá nunca mi estimación. ¡Ah! sí, mi estimación es una princesa que no le molestará nunca en su cama. Pero, diga usted, amigo mío. ¿Usted es un fanfante! ¡Darnos un baile y dos meses después pedirnos renovaciones de letras! Usted irá lejos, amigo mío. ¿Quiere usted que nos asociemos? Usted tiene reputación, y yo sabré servirme de ella. ¡Oh! de Tillet ha nacido para comprender á Gobseck y acabará mal. Si se entienda con Gobseck, mala señal, porque ese usurero acabará por reventarle. Me alegro. Después de todo, de Tillet me ha hecho una, ¡oh! una imperdonable.

Después de hora y media empleada en charla que no tenía sentido, Birotteau quiso marcharse al ver que el antiguo viajante se disponía á contarle la aventura de un representante del pueblo de Marsella enamorado de una actriz que representaba el papel de la hermosa Arsenia y que era silbada por el público realista.

—¿Sabe usted cómo acabó la aventura?

—Adiós, señor—dijo Birotteau.

—Tendrá usted que volver á verme—dijo Claparón.—El primer efecto de Cayrón lo han devuelto protestado, y yo tengo que indemnizarme de eso. Voy á enviarlo á su casa de usted, porque ante todo son los negocios.

Birotteau se sintió tan humillado ante aquella fría y grosera cortesía, como ante la dureza de Keller y la burla alemana de Nucingen. La familiaridad de aquel hombre y sus grotescas confidencias, iluminadas por el vino de champagne,



habían marchitado el alma del honrado perfumista, el cual creyó salir de un verdadero antro del vicio.

César bajó la escalera, se encontró en la calle sin saber adonde iba, llegó, vagando, á la calle de San Sulpicio, se acordó de Molineux, se dirigió hacia el patio Batave, subió la escalera sucia y tortuosa que había subido antes glorioso y altivo, recordó la mezquina aspereza de Molineux y se estremeció ante la idea de tener que implorarle. Como cuando la primera visita del perfumista, el propietario ocupaba el rincón del fuego digiriendo su almuerzo. Birotteau le formuló su petición.

—¡Renovar un efecto de mil doscientos francos!—le dijo Molineux denotando burlona incredulidad.—Usted no puede hallarse en ese apuro, señor. Porque si no tuviera usted mil doscientos francos para pagar la letra el día 15, tampoco podría pagar el alquiler, y yo me enfadaría, porque en cuestiones de dinero no gasto cumplidos. Mis alquileres son mis únicas rentas, y sin ellos, ¿con qué pagaría yo mis compromisos? Un comerciante no puede desaprobarme este saludable principio. El dinero no conoce amigos ni tiene corazón. El invierno es crudo y la leña ha subido de precio. Si el 15 no me paga usted, el 16 le citaré. No tema usted; su alguacil Mitral, que es también el mío, le entregará la citación bajo sobre con todas las consideraciones debidas á su elevada posición.

—Caballero, nunca he recibido aún citaciones del juzgado para pagar.

—No importa, alguna vez se ha de empezar—dijo Molineux.

Consternado ante la ferocidad de aquel viejecito, el perfumista quedó anonadado, y sentía ya en sus oídos los rumores de la quiebra. Cada zumbido le recordaba los dichos que su implacable jurisprudencia le había sugerido acerca de los quebrados. Sus opiniones se imprimían con letras de fuego en la substancia blanda de su cerebro.

—Á propósito—dijo Molineux,—olvidó usted poner en las letras valor recibido en alquileres, lo cual podría servirme de privilegio.

—Mi posición me prohíbe hacer nada en detrimento de mis acreedores—dijo el perfumista al ver ya entreabierto á sus pies el precipicio.

—Bueno, señor, muy bien, creía saberlo todo en materia de inquilinato; pero usted me enseña ahora á no recibir nunca letras en pago de alquileres. ¡Ah! pleitearé, porque su respuesta me hace ver que no responderá usted de su firma. El asunto interesa á todos los propietarios de París.

Birotteau salió aburrido de la vida, pues es muy propio de las almas sencillas y cándidas el desalentarse ante la primera negativa y el animarse ante el primer éxito. César sólo confió ya en la negociación del pequeño Popinot, en el cual pensó, como es natural, al llegar al mercado de los inocentes.

—¡Pobre muchacho! ¿quién hubiese dicho esto hace seis semanas, cuando yo le hablaba en las Tullerías?

Eran próximamente las cuatro, momento en que los magistrados salen de la audiencia, y casualmente el juez de instrucción había ido á ver á su sobrino. Este juez, que era uno de los espíritus más perspicaces en materia de moral, tenía una penetración que le permitía ver las intenciones secretas, reconocer el sentido de las acciones humanas más indiferentes, los gérmenes de un crimen, las raíces de un delito, y miró á Birotteau sin que éste lo sospechase. Contrariado el perfumista de encontrar al tío al lado del sobrino, se mostró intranquilo, preocupado y pensativo. El pequeño Popinot, engolfado en el trabajo y con la pluma en la oreja, estuvo, como siempre, respetuosísimo y atento con el padre de Cesarina. Las frases insignificantes que dijo César á su socio le pareció al juez que sólo servían de escudo para petición más importante, y en lugar de marcharse, el astuto magistrado permaneció al lado de su sobrino á pesar de éste, pues calculó que el perfumista acabaría por marcharse si no le dejaba solo. Cuando Birotteau se fué, el juez se marchó á su vez; pero vió á Birotteau paseándose por uno de los extremos de la calle de los Cinco Diamantes, y como esta circunstancia hiciese sospechar al anciano Popinot acerca de las intenciones de César, se retiró hacia la



calle de los Lombardos, y al ver que el perfumista volvía la casa de Anselmo, encaminóse él también á ella.

—Mi querido Popinot, vengo á pedirte un favor—había dicho César á su socio.

—¿Qué hay que hacer?—dijo Popinot con generoso ardor.

—¡Ah! me salvas la vida—exclamó el buen hombre al ver aquel calor de sentimiento que aparecía en medio de los tímpanos de hielo que le rodeaban hacía veinticinco días.

—Sería preciso que me dieses cincuenta mil francos de la parte de mis beneficios.

Popinot miró fijamente á César, y éste bajó los ojos. En este momento volvió á aparecer el juez.

—Hijo mío... ¡Ah! dispense usted, señor Birotteau. Hijo mío, me había olvidado de decirte...

Con su imperioso gesto de magistrado, el juez llevó á su sobrino á la calle, y aunque iba con blusa y sin nada en la cabeza, le obligó á escucharle encaminándose hacia la calle de los Lombardos.

—Sobrino mío, tu antiguo amo podría encontrarse en tales apuros, que se viese obligado á hacer balance y á presentar cuentas. Antes de llegar á esto, los hombres que cuentan cuarenta años de probidad, los hombres más virtuosos, en su afán de conservar su honor, imitan á los jugadores, son capaces de todo, venden á sus mujeres, trafican con sus hijas, comprometen á sus amigos, empeñan lo que no les pertenece, van al juego, se vuelven comediantes y embusteros y saben hacerlo todo, hasta llorar. Tú mismo has sido testigo de la honradez de Roguín, de quien nadie se hubiera atrevido á desconfiar. No aplico estas conclusiones rigurosas al señor Birotteau, á quien creo honrado. Pero mira, si te pide cualquier cosa que fuese contraria á las leyes comerciales, como suscribir efectos para lanzarlos á la plaza, lo cual es un principio de bribonada, porque esta clase de efectos son el falso papel moneda, prométeme no firmar nada sin consultarme. No olvides que, si amas á su hija, va en interés de tu pasión el no destruir tu porvenir. Si el señor Birotteau ha de caer, ¿por qué habéis de caer los dos? ¿No es esto priva-

ros uno y otro de todos los recursos de tu casa de comercio, que ha de ser su refugio?

—Gracias, tío, al buen entendedor con media palabra le basta—dijo Popinot, que se explicó entonces la lastimera exclamación de su amo.

El comerciante en aceites finos volvió á su sombría tienda con las cejas fruncidas, cambio este que fué notado por Birotteau.

—Hágame usted el honor de subir á mi cuarto. Allí estaremos mejor que aquí, pues, aunque están muy ocupados, los dependientes podrían oírnos.

Birotteau siguió á Popinot en medio de horribles ansiedades.

—Mi querido bienhechor—le dijo Anselmo,—supongo que no dudará usted de mi ciega abnegación. Permítame únicamente que le pregunte si esa suma le salva por completo ó si le servirá solamente para evitar de momento una catástrofe. En este último caso, ¿para qué arrastrarme á mí consigo? Necesita usted letras á ochenta días y á mí me será imposible pagarlas dentro de tres meses.

Birotteau, pálido y solemne, se levantó y miró á Popinot.

—Si usted quiere, las haré—exclamó Popinot asustado.

—¡Ingrato!—dijo el perfumista empleando todas sus fuerzas para lanzar esta palabra á la cara de Anselmo como una marca de infamia.

Birotteau se fué hacia la puerta y salió.

Al volver de la sensación que le produjo aquella terrible palabra, Popinot bajó la escalera y corrió hacia la calle, pero ya no encontró al perfumista. El amante de Cesarina siguió oyendo aún aquella formidable sentencia y tuvo constantemente ante sus ojos la descompuesta cara del pobre César.

Birotteau comenzó á dar vueltas por las calles de aquel barrio como un hombre ebrio, acabó por hallarse en el muelle, siguió éste y llegó hasta Sevres, pasando la noche en una posada, mientras que su mujer, asustada, no se atrevió á buscarle por ninguna parte. En semejante circunstancia, una alarma dada infundadamente es fatal. La juiciosa Constanza inmoló sus inquietudes á la reputación comercial



y le esperó toda la noche en medio de oraciones y de alarmas. ¿Había muerto César? ¿Había salido de París en medio de una última esperanza? Al día siguiente por la mañana, la perfumista obró como si conociese la causa de la ausencia de su marido; pero al ver que á las cinco de la tarde no había vuelto aún éste, mandó á buscar á su tío para rogarle que fuese á la Morgue. Entre tanto, la valerosa criatura permanecía en el mostrador teniendo á su lado á su hija, que bordaba. Ambas, con compuesta cara, ni triste ni sonriente, atendían al público. Cuando Pillerault volvió, lo hizo acompañado de César. Al volver de la Bolsa, lo había encontrado en el Palacio Real dudando si subir ó no al juego. Aquel día era el 14. A la hora de comer, César no pudo probar bocado. El estómago estaba demasiado contraído y rechazaba los alimentos. La hora de sobremesa fué aún más horrible. Por centésima vez, el perfumista sufrió una de esas espantosas alternativas de esperanza y de desesperación que, comunicando al alma alegres sensaciones y precipitándola después en el último de los dolores, acaban por agotar á ciertas naturalezas débiles. Derville, el procurador de Birotteau llegó, y penetrando en el espléndido comedor en que Constanza procuraba retener á César, dijo:

—El pleito está ganado.

Al oír estas palabras, el crispado rostro de César se dilató tanto, que su alegría asustó á su tío Pillerault, á Derville y á las mujeres, las cuales, se fueron asustadas á llorar al cuarto de Cesarina.

—Entonces ¿puedo pedir prestado?—exclamó el perfumista.

—Eso sería imprudente—dijo Derville,—porque hay apelación, y el tribunal supremo podría anular la sentencia. Hay que esperar un mes.

—¡Un mes!

César fué presa de un amodorramiento del que nadie pudo sacarle. Aquella especie de catalepsia durante la cual vivía y sufría el cuerpo, mientras que las funciones de la inteligencia estaban suspendidas, fué considerado como un beneficio de Dios por Constanza, Cesarina, Pillerault y Derville,

los cuales juzgaron bien. De aquel modo, Birotteau pudo soportar las desgarradoras emociones de la noche. Permaneció sentado en una poltrona en un rincón del fuego, mientras el otro estaba ocupado por su mujer, que le observaba atentamente con dulce sonrisa en los labios, una de esas sonrisas que prueban que las mujeres se aproximan más que los hombres á la naturaleza angelical, ya que saben mezclar una ternura infinita con la más completa compasión, secreto este que sólo pertenece á los ángeles vistos en algunos sueños providencialmente sembrados á largos intervalos en la vida humana. Cesarina, sentada en un taburete, estaba á los pies de su madre y frotaba de tiempo en tiempo con su cabellera las manos de su padre, haciéndole alguna de esas caricias que dicen más que lo que pueden decir las palabras.

Sentado en un sofá como el canceller del hospital en el suyo, Pillerault, aquel filósofo dispuesto á todo, denotaba con su cara esa inteligencia grabada en la frente de los esfinges egipcios y hablaba con Derville en voz baja. Constanza había sido de opinión que se consultase al procurador, cuya discreción no dejaba lugar á dudas. Como conocía de memoria el balance de su casa, había expuesto su situación á Derville. Después de una conferencia de una hora próximamente, celebrada en presencia del avelado perfumista, el procurador meneó la cabeza mirando á Pillerault y dijo con la horrible sangre fría del curial:

—Señora, es preciso hacer balance, llamando á los acreedores. Suponiendo que, por cualquier casualidad, llegasen á pagar mañana, tendrían que satisfacer, lo menos, trescientos mil francos antes de poder hipotecar los terrenos. Ante un pasivo de quinientos mil francos, presentan ustedes un activo muy bonito, muy productivo, pero irrealizable, y, por lo tanto, sucumbirán tarde ó temprano. Mi opinión es que vale más saltar por la ventana que dejarse arrastrar por la escalera.

—Esa también es mi opinión, hija mía—dijo Pillerault á Constanza.

Derville fué acompañado hasta la puerta por Constanza y por Pillerault.



—¡Pobre padre mío!—dijo Cesarina levantándose muy despacio para ir á depositar un beso en la frente de César. ¿De modo que no ha podido hacer nada Anselmo?—preguntó la joven cuando su tío y su madre volvieron.

—¡Ingrato!—exclamó César al oír este nombre, que le recordaba el más reciente de sus desengaños.

Desde el momento en que este anatema le fué lanzado, el pequeño Popinot no pudo pegar los ojos, ni tuvo un momento de tranquilidad. El desgraciado muchacho maldecía á su tío y había ido á encontrarle. Para hacer capitular á aquella vieja experiencia judicial, había desplegado la elocuencia del amor, esperando seducir al hombre por quien las palabras humanas se deslizaban como el agua sobre una tela, já un juez!

—Comercialmente hablando—le dijo,—la costumbre permite al asociado gerente adelantar cierta suma al asociado comanditario como anticipación de los beneficios, y nuestra sociedad ha de tener algunos beneficios. He examinado mis asuntos y me veo con fuerzas suficientes para pagar cuarenta mil francos en tres meses. La probidad del señor César me permite creer que esos cuarenta mil francos serán empleados en saldar sus letras. De este modo los acreedores, en caso de quiebra, no tendrán nada que reprocharnos. Por otra parte, tío mío, prefiero perder cuarenta mil francos que Cesarina. En este momento acaso esté enterada de mi negativa, y va á retirarme su estimación. He prometido dar mi sangre por mi bienhechor. Estoy en el caso de un joven marino que debe zozobrar, teniendo por la mano á su capitán, y del soldado que debe perecer con su general.

—Tienes buen corazón y eres mal negociante, no perderás mi estimación—dijo el juez estrechando la mano á su sobrino.—He pensado mucho en eso—añadió—sé que estás locamente enamorado de Cesarina y creo que puedes satisfacer las leyes del corazón y las del comercio.

—¡Ah! tío mío, si ha encontrado usted el medio, salva usted un honor.

—Adelanta cincuenta mil francos á Birotteau haciendo una retroventa relativa á sus intereses en vuestro aceite, que

se ha convertido en propiedad; yo te redactaré el acta.

Anselmo abrazó á su tío, volvió á su casa, firmó por cincuenta mil francos de efectos, y corrió de la calle de los Cinco Diamantes á la plaza de Vendôme; de suerte que en el momento en que Cesarina, su madre y su tío Pillerault miraban al perfumista sorprendidos del tono sepulcral con que este había pronunciado la palabra: «¡Ingrato!» en contestación á la pregunta de su hija, la puerta del salón se abrió y apareció Popinot.

—Mi querido amo—dijo enjugándose la frente bañada en sudor—aquí tiene usted lo que me ha pedido (tendió las letras). Sí, he estudiado mi posición, no tenga usted miedo, pagaré, salve, salve usted su honor.

—Estaba segura de él—exclamó Cesarina cogiendo una mano á Popinot y estrechándosela convulsivamente.

La señora de César abrazó á Popinot, y el perfumista se irguió como un justo al oír la trompeta del juicio final: ¡salía como de una tumba! Después extendió la mano con movimiento frenético para coger los cincuenta papeles timbrados.

—¡Un momento!—dijo el terrible tío Pillerault arrancándole las letras á Popinot—¡un momento!

Los cuatro personajes que componían esta familia, César y su mujer, Cesarina y Popinot, aturdidos por la acción de su tío y por su acento, le miraron con terror al ver cómo rompía las letras y las arrojaba al fuego, que las consumió, sin que ninguno de ellos le detuviese.

—¡Tío mío!

—¡Tío mío!

—¡Tío mío!

—¡Señor!

Estas exclamaciones fueron cuatro voces, cuatro corazones en uno solo, una horrible unanimidad. El tío Pillerault tomó al pequeño Popinot por el cuello, le estrechó contra su corazón y le besó en la frente.

—Eres digno de la adoración de todos los que tienen corazón—le dijo.—Si amases á mi hija, aunque ella tuviese un millón y tú no poseyeses nada, ni eso (le mostró las cenizas negras de los efectos), si ella te amase, os casaría den-



tro de quince días. Tu amo—dijo designándole á César— está loco. Sobrino mío—dijo el grave Pillerault dirigiéndose al perfumista—¡sobrino mío, fuera ilusiones! Los negocios se hacen con escudos y no con sentimientos. Esto es sublime, pero inútil. He estado dos horas en la Bolsa y no tienes ni pizca de crédito; todo el mundo hablaba de tu desastre, de renovaciones rehusadas, de tentativas cerca de varios banqueros, de sus negativas, de tus locuras, de tu subida á un sexto piso para ir á buscar á un propietario charlatán como una marica, á fin de renovar mil doscientos francos, y de tu baile, dado para ocultar tus apuros. Hasta dicen que tú no tenías nada en casa de Roguín. Según tus enemigos, Roguín es un pretexto. Un amigo mío, encargado de enterarse de todo, ha venido á confirmar mis sospechas. Todo el mundo presiente la emisión de las letras Popinot. Según ellos, lo has establecido exprofeso para que te sirva de pantalla. En fin, todas las calumnias y maledicencias que se atrae sobre sí el hombre que quiere subir un peldaño más en la escala social corren á esta hora por todo el comercio. En vano intentarías negociar durante ocho días las cincuenta letras de Popinot entre el comercio, porque sufrirías humillantes negativas, nadie las querría, pues nada prueba el nombre al cual los pones, y esperan verte sacrificar á ese pobre muchacho en provecho tuyo. Habrías destruido por nada el crédito de la casa Popinot. ¿Sabes cuanto te daría el más atrevido de los prestamistas por esos cincuenta mil francos? Veinte mil, veinte mil, ¿oyes? En el comercio, hay instantes en que es preciso estar tres días sin comer ante el mundo, y al cuarto es uno admitido en la despesa del crédito. Tú no puedes vivir estos tres días, y todo está ahí. Pobre sobrino mío, valor, es preciso presentar tu balance. Popinot y yo estamos á tu disposición, y vamos á trabajar juntos tan pronto como tus dependientes estén acostados, á fin de evitarte esas angustias.

—¡Tío mío!—dijo César juntando las manos.

—César, ¿quieres llegar á un balance deshonoroso en el que no haya activo? Tu interés en la casa Popinot te salva el honor.

César, iluminado por este último y fatal resplandor de luz, vió al fin la horrible verdad en toda su desnudez, cayó en su mecedora y de ésta sobre sus rodillas, su razón se extravió y se tornó niño; su mujer le creyó moribundo y se arrodilló para levantarlo, pero se unió á él cuando le vió juntar las manos, levantar los ojos y recitar con resignada compunción en presencia de su tío, de su hija y de Popinot, la sublime oración de los católicos.

*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLO HOY y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amén.*

Las lágrimas acudieron á los ojos del estoico Pillerault; Cesarina, anegada en llanto, tenía la cabeza apoyada en el hombro de Popinot, que estaba pálido y rígido como una estatua.

—Bajemos—dijo el antiguo negociante al joven cogiéndole por el brazo.

Á las once y media dejaron á César entregado á los cuidados de su mujer y de su hija. En este momento, Celestino, el primer dependiente, que durante esta secreta tormenta había dirigido la casa, subió á las habitaciones y entró en el salón. Al oír sus pasos, Cesarina corrió á abrirle para que no viese el abatimiento del amo.

—Entre las cartas recibidas esta tarde—dijo,—hay una llegada de Tours y cuya dirección estaba mal puesta, lo cual ha sido la causa del retraso. He supuesto que es del hermano del señor, y no la he abierto.

—Padre mío—gritó Cesarina,—¡una carta de mi tío de Tours!

—¡Ah! ¡estoy salvado!—exclamó César.—¡Hermano mío! ¡hermano mío!—dijo besando la carta.